

La casa

14

Laura Emilia Pacheco

Narradora, ensayista, editora y traductora

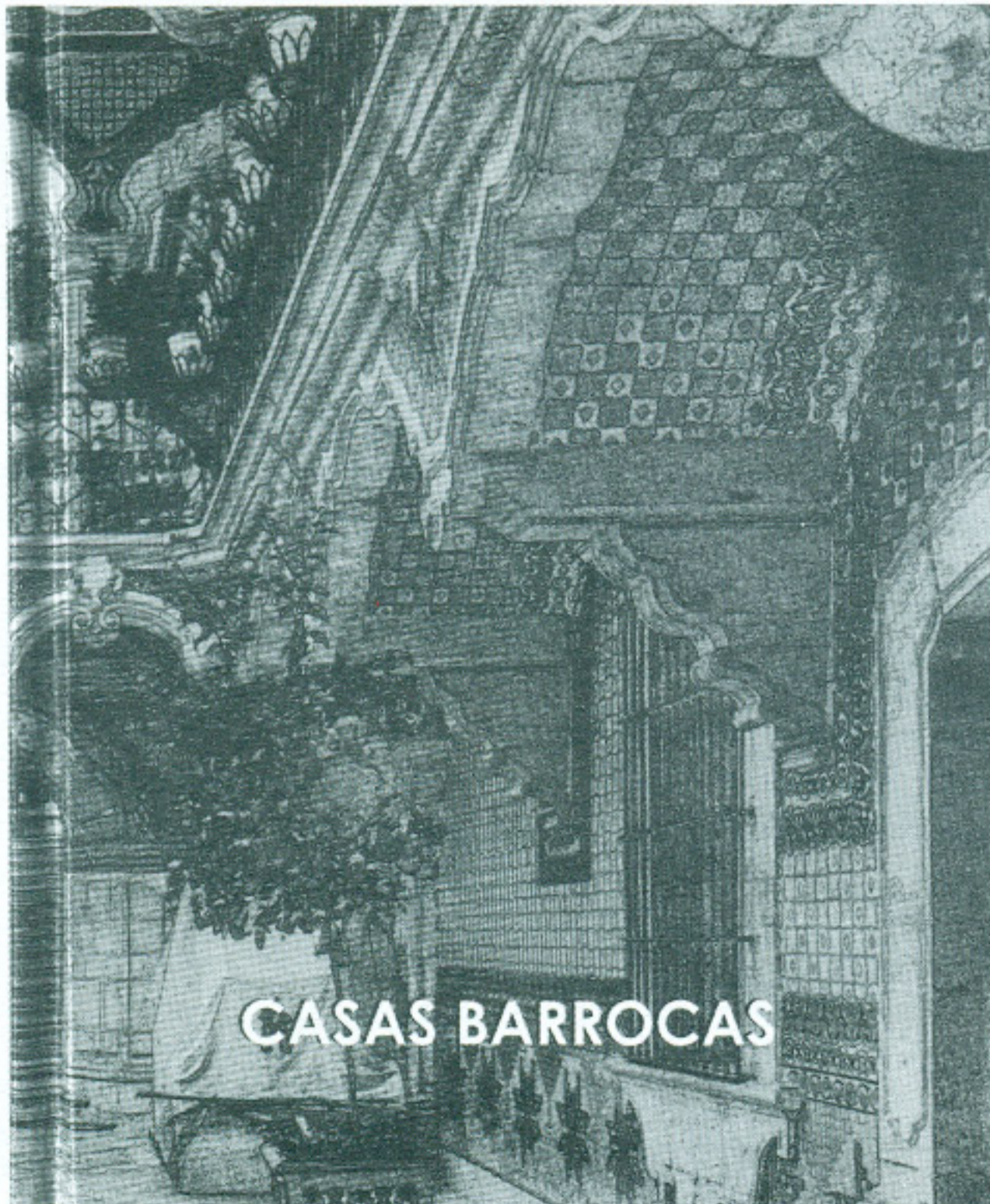
Pocas cosas dicen tanto de una persona como la casa que habita. Pocas cosas nos dicen tanto de un gobierno como las casas que construye. Centro de la vida familiar, núcleo de la vida social, elemento indispensable de la vida política; refugio y techo, nuestra casa dice mucho de quiénes somos, de lo que nos gustaría ser y de todo aquello que quisiéramos dejar atrás para siempre: cuenta nuestra historia, la de quienes nos rodean y también la de quienes nos antecedieron.

Las casas revelan y a la vez ocultan mucho sobre sus constructores y habitantes. Son como las personas: sus fachadas nos dicen una cosa, pero sus interiores, los materiales de que están hechas, sus detalles, misterios, sorpresas e imperfecciones, son lo que, finalmente, hace que lleguemos a conocerlas y ocupen un lugar –bueno o malo– en nuestra mente y en nuestro corazón.

Sospecho que en el corazón de Enrique Ayala están todas las casas, de todas las épocas y de casi todos los lugares de la faz de la Tierra. Su pasión por la arquitectura –y, en particular, por la casa como unidad– lo lleva a extremos insospechados con tal de acercarse a las construcciones que se apoderan de él de una manera febril. Recorrer con Enrique cualquier avenida es presenciar el surgimiento de un ánimo contagioso con que explica hazañas en la construcción de un inmueble; cuenta historias sobre una vivienda; descifra misterios sobre un hogar en alguna calle de la ciudad. Pero su ánimo no siempre es benévolo pues lo he visto descomponerse ante la presencia –que Enrique considera intrusiva– de uno de los edificios más grandes y modernos que ya es un punto de referencia obligada dentro del paisaje urbano de nuestra ciudad: “Entre más lo veo, más me enojo”, me comentó alguna vez.

También me comentó que preparaba el libro que hoy presentamos: *Casas barrocas* en el cual nos acerca no sólo a las construcciones de los siglos XVII y XVIII en México sino que, sin quererlo, nos adentra de manera inevitable en la accidentada historia de nuestro país y a la lucha sin tregua de sus habitantes.

Portada del libro *Casas barrocas*





Barroca,

de Enrique Ayala

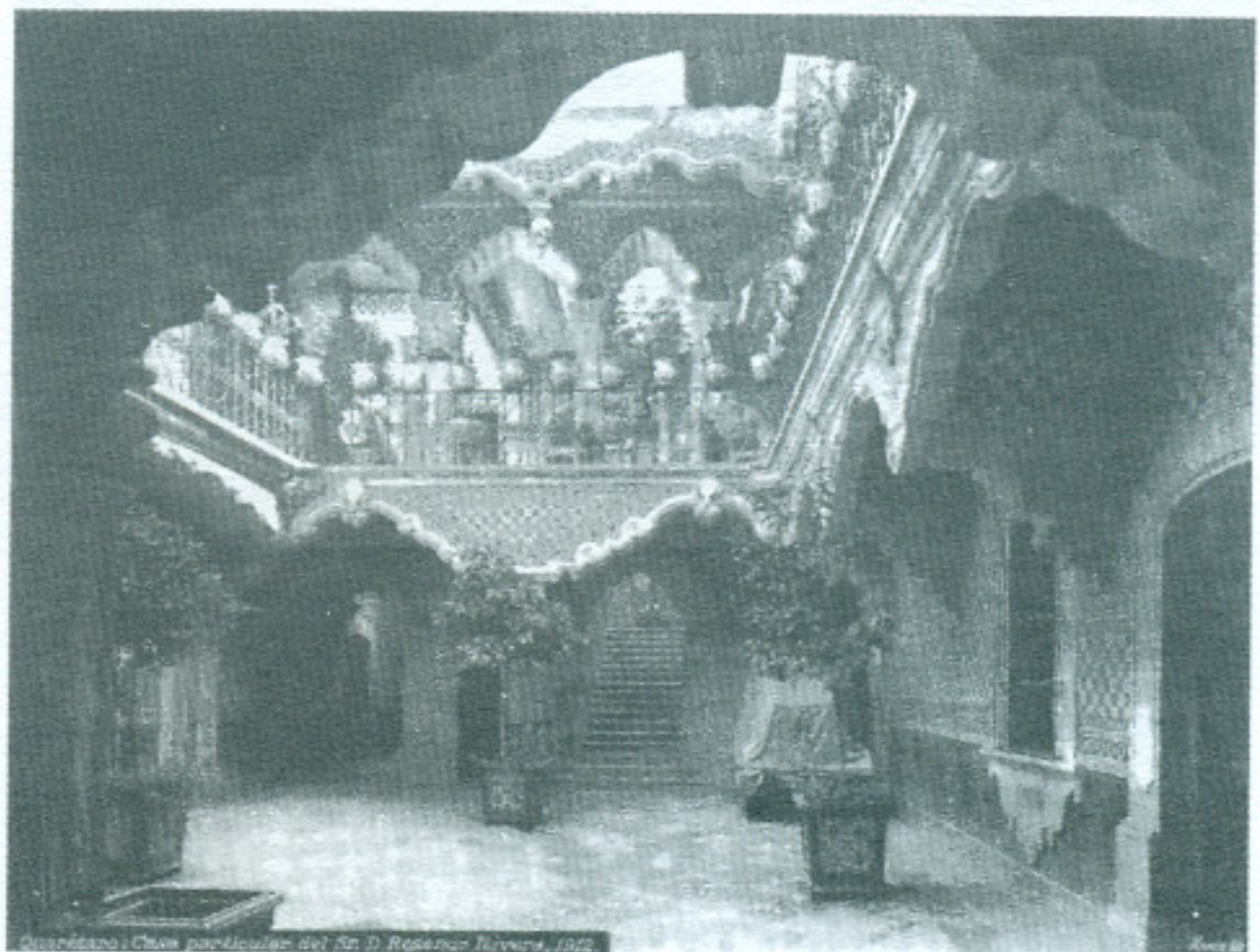
“La casa”, dice Enrique Ayala, “es la muestra más palpable de las formas de habitar y concebir el mundo en los distintos momentos históricos, y es también la construcción arquitectónica que da sentido y razón de ser a todos los demás edificios que hay en el mundo. La ciudad misma no existiría sin la presencia de la casa”.

En efecto, la historia de la casa habitación es, ni más ni menos, la historia de la cultura. En su acepción inicial, la palabra hogar significa “sitio donde se enciende el fuego”; es decir, el lugar donde se resguarda, protege y alimenta la vida, que es lo más valioso que tenemos. Quizá por esto la casa –como espacio de vida– ejerce una fascinación que se desarrolla en muchos niveles distintos: emocional, intelectual, económico, político, social.

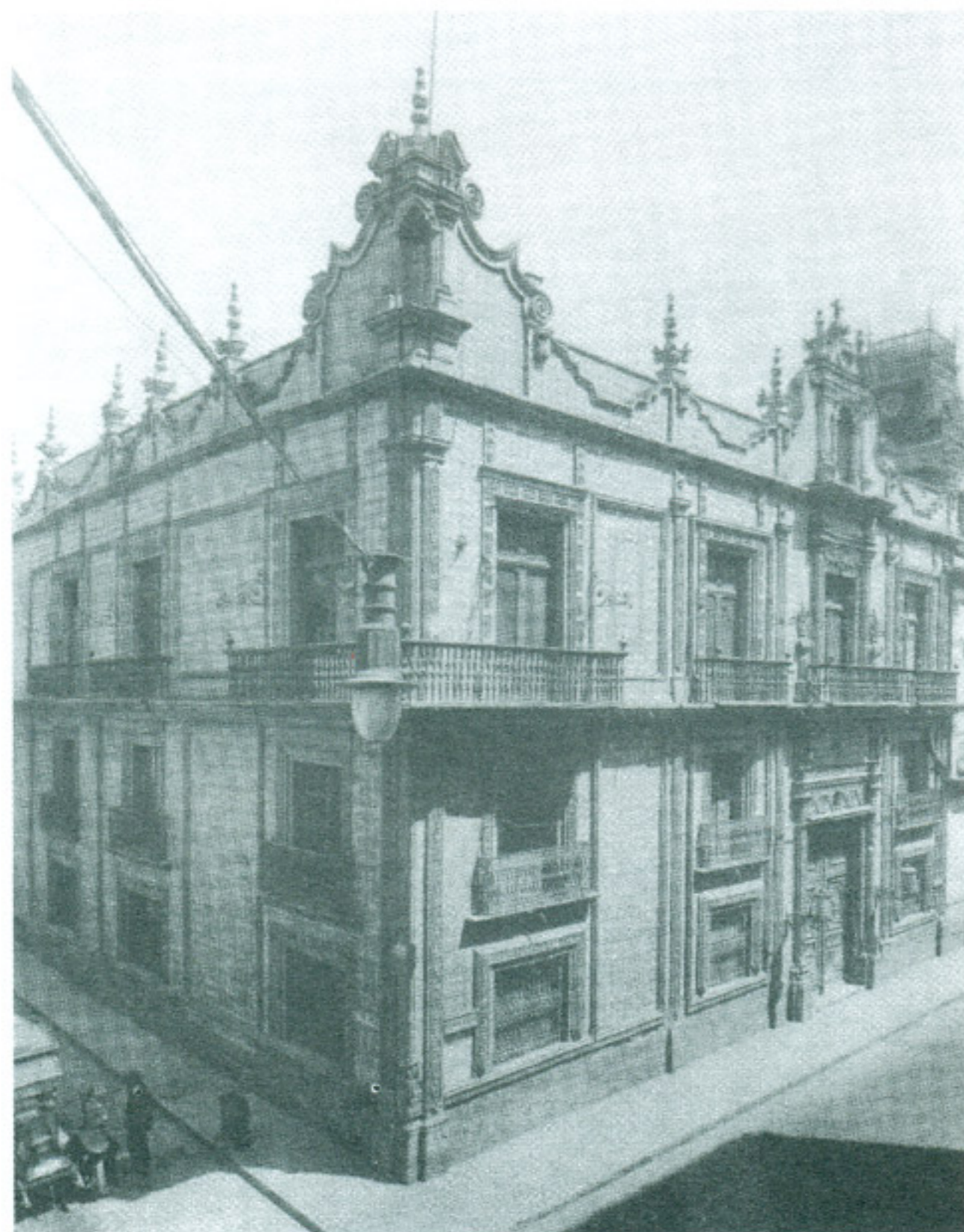
Todos conocemos alguna casa por la que seríamos capaces de hacer cualquier cosa con tal de poseerla, conservarla o simplemente soñar que nos pertenece de una manera secreta. Otras, en cambio, tienen una connotación histórica importante, trágica o detestable, como lo son aquellas donde han ocurrido eventos que forjaron la historia de un país o cambiado su rumbo, o las que se obtienen con dinero mal habido. Éstas se convierten en un símbolo de corrupción de los gobiernos en las que surgen y en recordatorio implacable para todos los que se ven tentados a delinquir; de que Fausto está aquí, hoy y siempre, y su historia se repite de manera incesante como si fuera la primera vez: la felicidad no puede obtenerse haciendo transacciones con el diablo.

Son muchos los factores que rodean a una casa: su ubicación geográfica, el clima para el que se construye; el tipo de vida económica y social que alimenta; la naturaleza de los materiales que se emplean para su construcción. En este sentido, las casas son en realidad radiografías o verdaderos mapas de la época a la que pertenecen y de la sociedad que las produce. Enrique Ayala nos acerca a algunas construcciones barrocas en México y, al hacerlo, le concede su justa importancia a la casa dentro de la historiografía arquitectónica, la cual se ha ocupado principalmente de los grandes edificios, como él mismo apunta en estas páginas.

Patio de la casa del señor Rosendo Rivera, siglo XVIII, Querétaro, Qro. Foto: Guillermo Kahlo, 1912, FCNMH, CXLIX-68.*



Casa de los Azulejos, siglos XVII y XVIII, México, D.F. Foto: Guillermo Kahlo, 1900 (?). FCNMH, CXXXI-26. *



Mediante fotografías que proceden de la Fototeca de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos, del Instituto Nacional de Antropología e Historia, tomadas, en su mayoría, en la década de 1920, este libro nos muestra un catálogo muy diverso de inmuebles: desde el maravilloso y alucinante patio de la casa del señor Rosendo Rivera que está en Querétaro, fotografiado ni más ni menos que por Guillermo Kahlo, hasta la casa donde vivió Alexander von Humboldt en Taxco, o una maravillosa mansión en Campeche, cuya fachada –de una austeridad que raya en la soberbia– contrasta de manera diametral con las otras dos que he mencionado, o con la Casa de los Azulejos, una de las construcciones barrocas más representativas de la época o con una vecindad en la calle de Honduras, en la ciudad de México.

No hay que olvidar que barroco es la palabra que suele denominar al arte del siglo XVII y que tiene cierto gusto peyorativo, en el sentido que el neoclasicismo del XVIII le atribuyó a las obras del siglo precedente, a las que considera anteclassicas; es decir, desmesuradas, recargadas, confusas, faltas de equilibrio y orden. Lo cierto es que las casas que se muestran en este libro ofrecen un catálogo variado de construcciones. Todas ellas obedecen a circunstancias políticas, económicas y hasta militares, que dieron pie a una actividad arquitectónica renovadora cuya principal característica fue “la gran vitalidad y movimiento que serían la esencia del barroco novohispano”.

El punto de partida de esta arquitectura, dice Ayala, fue la Gran Inundación que entre 1629 y 1633 anegó la capital de Nueva España. Esto hizo necesaria la reedificación de gran parte de sus edificios, que se levantaron sobre los restos de los anteriores. En muy pocas páginas, el autor aborda el discurso de la arquitectura doméstica novohispana y al hablarnos de técnicas, materiales, composición cromática y demás rasgos peculiares de la casa del conde de Súchil en Durango con su aplanado en los muros laterales; o la de Humboldt en Taxco, recubierta de alicatados mudéjares; de la riqueza ornamental de la Casa del Inquisidor en San Miguel de Allende; o de la suntuosidad de la casa de los Marqueses de Fagoaga en Oaxaca; Enrique Ayala esboza las características de la vida cotidiana, doméstica y las distintas interpretaciones del espacio.

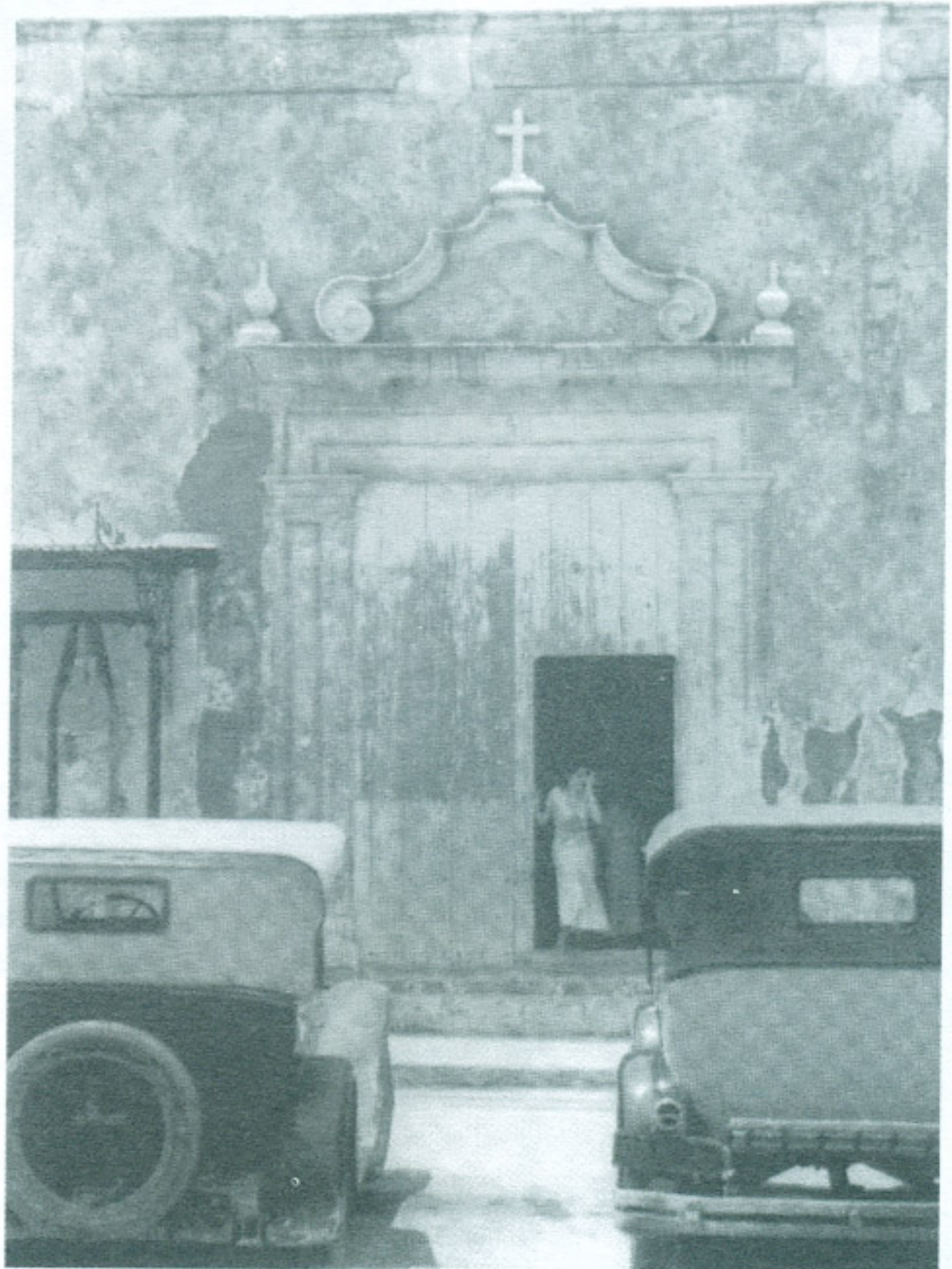
Pero quizá lo más interesante es la lectura que esto conlleva: el espacio como medio de dominio; como técnica de sumisión; como desplante psicológico o como objeto cambiante de la rueda de la fortuna que es la vida. Para mí resulta casi inconcebible que unos cuantos centímetros de distancia marquen la diferencia entre la opulencia y la pobreza; que la ubicación de un ventanal designe el humor festivo o lúgubre de una existencia; que la dureza de un material anticipe sin clemencia alguna las posibilidades desiguales de sobrevivir. Y, sin embargo, esta es la historia de la humanidad; es el camino de nuestra civilización...

Así la arquitectura puede verse no sólo como una celebración de la luz y del espacio; del orden sobre el caos; sino también como un tratado de la volatilidad de hombres y mujeres; como cúspide del intelecto pero también como sentencia de la condición humana; como un elemento de la confección de la Historia con mayúscula, pero igualmente como piedra angular de la historia con minúscula, que es la que vivimos y sobrevivimos a diario. En este sentido, la historia de la casa habitación es nada menos que la civilización misma; es el perpetuo desafío de los seres humanos por dominar no sólo a los elementos, sino a sus congéneres.

La brevedad de este libro fascinante me hace desear que éste sólo sea el punto de arranque para una obra más basta, para un libro que termine de contarnos todos los pormenores de los edificios y sus habitantes; de los logros y los anhelos de sus constructores; así como de las historias de triunfos y fracasos de quienes las habitaron.

Por lo pronto, todavía no acabo de recorrer en mi mente el onírico patio de la casa del señor Rivera (que, dicho sea de paso, en secreto ya considero mío) y todavía me pregunto a quién despidió la mujer que aparece en el portal imponente de una casa de Campeche con semejante sonrisa y con un lánguido vestido que se mece en la cálida brisa del sureste. Tendré que preguntárselo al autor, quien sólo podrá responderme con otro libro por el que ya lo felicito de antemano.

Casa particular, siglo XVIII, Campeche, Camp. Foto: Luis Mac Gregor, 1934. FCNMH, CXXI-17. *



* Fotos tomadas del libro Casas Barrocas, Conaculta, 2006.